PALABRAS PARA UN LIBRO QUE NO TENÍA TÍTULO

¿Cuándo calla el poeta? El novelista, el ensayista, el dramaturgo, no pueden expresarse más que con unos textos cerrados, acabados, estables (correcciones de matiz aparte) o por tartamudeos: una descripción aquí, un recuerdo allá, una sensación acullá. Pero el poeta es una voz continua (los románticos entendían que era «la» voz continua) que sigue el hilo de la vida con vocación de su hilo perpetuo.

El estructuralismo (¿y quién que es no fue estructuralista?) nos hizo concebir el poema como un objeto cerrado e independiente. Es ciertamente así si queremos someterlo al escarpelo del análisis. El cirujano opera la rodilla del corredor cuando éste está bajo el efecto de una anestesia, pero el corredor sólo es tal en cuanto que corre. El cirujano nunca interviene a un corredor, sino a un durmiente. De la misma manera, el analista incide sobre el poema, no sobre la poesía, y el poeta sólo lo es porque se plantea primeramente el problema de la poesía, como el corredor se plantea la carrera y no un preceptivo y necesario descanso.

Por eso el poeta es una voz continua. No puede irse de vacaciones. No puede ejercer por horas. No puede ser poeta por la mañana y dejar de serlo por la tarde. Porque el poeta no es un estar, sino un ser. Y el poeta deja tras de sí una colección de poemas, desgajados de su vida y de su sueño hasta que dejó vida y ensoñaciones.

Leopoldo de Luis dejó a su muerte numerosos poemas manuscritos o mecanografiados. También abundantes reflexiones en prosa o comentarios sobre la vida diaria, un tipo de escritos que nunca publicase. Las carpetas que guardan los poemas mezclan copias de textos ya publicados con inéditos. Al ir abriéndome camino entre esa maraña de papeles, cuyo orden e incluso relación

sólo él conocía, encontré también algunos proyectos y un índice de poemas que parece responder a la voluntad de componer un libro. De ese índice surge este volumen que he completado con una sección inicial de poemas sobre el poeta y el poema, así como con un poema final que he incorporado por su fuerza conclusiva. Tal vez alguno de ellos pudiera haberse publicado en alguna revista de circulación reducida, pero creo que el libro es en su totalidad inédito.

Leopoldo de Luis siempre entendió que la poesía no era el himno gigante y extraño becqueriano, previo y aislado del mundo, sino una reacción frente a la vida que se organizaba por escrito en virtud de cánones que el poeta utiliza y transforma. De ahí que defendiera siempre, por ejemplo, que la poesía social no era una moda, sino un modo, pero un modo de pensar. Muchas veces se le ha relacionado con las poéticas de Antonio Machado o de Miguel Hernández, pero él era un juanramoniano que basaba el poema en la relación del concepto con la palabra y no en el tema. A la conexión (él nunca hubiera empleado este vocablo) vida, poesía, poema la denominaba «respirar por la herida». Por eso hemos elegido la expresión como título de este libro que él dejó innominado.

Mi primera intención fue que el volumen se titulara *El libro innominado*, pero Antonio Piedra, que lo acoge cariñosamente en esta colección, me hizo notar que, si bien no tenía nombre, estaba lleno de nombres.

Y es que una forma de respirar por la herida es leer a otros poetas. Si siempre en la poesía de Leopoldo de Luis hubo poemas dedicados a otros autores o escritos a partir de sus lecturas, en los últimos años ello fue incrementándose, como si la vida fuera quedándose entre las páginas de los libros. Él, a quien tanto le gustaba decir las cosas importantes por medio de cartas, incluso escribió una serie de sonetos desde unos poemas inéditos míos que le pasé para que me diera su opinión. Tal vez el libro que casi vuelca a su poesía la práctica que Jorge Guillén, a quien tanto admiraba, llamaba «al margen», fue *Aquí se está llamando*, de 1992. Salvo su último libro publicado, *Cuaderno de San Bernardo* (por la calle donde estaba la clínica en la que murió Maruja, su mujer de tantos años), casi todo lo que escribió en el periodo final de su vida nació de las lecturas.

Así este libro sin nombre pero ya nominado, que acoge esta pulcra colección de la Fundación Jorge Guillén, en la ciudad que fue la de su infancia y adolescencia[1].

JORGE URRUTIA

1. Leopoldo de Luis nació en Córdoba el 11 de mayo de 1918, pero vivió hasta 1935 en Valladolid. Murió el 20 de noviembre de 2005, después de recibir el Premio Nacional de las Letras Españolas y ser nombrado Hijo Predilecto de Andalucía.